

5

INFANCIA Y FAMILIA EN CEPEDA

Era domingo por la mañana, los cuatro pequeños nos encontrábamos en el asiento trasero del coche que bajaba en ese momento la cuesta del Cargadero. En pocos minutos llegamos a la Plaza y cerca de allí, ya nos estaba esperando. El abuelo nos había visto, había distinguido el coche desde Las Escuelas y aún le dio tiempo de entrar en casa y avisar a la abuela de nuestra llegada.

Ya en su corral, cuando me llegó el turno de saludarles, como siempre él me dijo:

-¿Qué pasa, gitana?

Yo protesté: -Jo, no me llames gitana- Pero aún así le di los dos besos de rigor.

-Abuela, traemos maleta para los dos meses de verano.

-Venga, pues súbelo para arriba, me dijo ella.

Este solía ser el primer día de las vacaciones de mi infancia siguiendo mi recorrido unas calles más arriba donde también nos esperaban al sol, en el corral. Habitualmente se acercaba a nosotros en primer lugar mi abuelo diciendo:

-¿Y tú de quién eres?- mientras me encasquetaba cuatro o cinco besos encadenados en cada carrillo, besos que siempre picaban.

Invariablymente la abuela le recordaba de cual de sus nietos se trataba, haciéndonos pasar enseguida a la cocina donde rápidamente yo descubría sobre una silla la última de sus labores de ganchillo.

En esta ocasión, recuerdo que había además una madeja de hilo por devanar. Me ofrecí encantada a ayudarla, colocándome alrededor de las muñecas la madeja de hilo. Me gustaba mucho ver como se iba formando el ovillo a medida que pasaba la hebra de hilo de un brazo a otro. Yo siempre intentaba adelantarme y movía mis brazos lo más rápidamente posible, pero mi abuela era muy rápida también y el ovillo pronto formaba una gran pelota en sus manos y yo dejaba escapar entre mis dedos la última hebra con pesar, calculando para cuantos días tendría con ese ovillo y cuando sería la próxima vez en que necesitaría nuevamente mi ayuda para devanar.

En otras ocasiones la ayudaba también a sacar las judías de sus vainas, una vez secas. Recuerdo que me resultaba bastante divertido y entretenido.

Me acabo de despertar. No sé muy bien donde estoy, ¡ah, sí! Por la poca luz que deja pasar el ventanuco, descubres ocho o diez camas alineadas a ambos lados del pasillo del "doblao" de la casa de mis abuelos. Distingo incluso el hueco que ha dejado la gata en la cama de al lado... Me levanto rauda pensando en la actividad de ese día. Tras desayunar en un gran tazón, salgo corriendo para volver enseguida gritando:

-¡Abuela, abuela, que ya nos toca!

Mi abuela se pone las botas de agua, aunque hoy no llueve, coge la azada y salimos de casa rápidamente. Al llegar a la Plaza, ella, con gran experiencia, coloca una gran tabla y consigue que el agua de la regadera pase justo delante del Ayuntamiento y atravesando una casilla, descendiendo por dentro de la misma, salga por la otra puerta casi directo al huerto, para regar las patatas. Miro con deleite como recorre el agua cada surco, como avanza, y soy yo la encargada de avisar cuando llega al final, para que ella cambie el recorrido a la siguiente tabla. Como no puede estar sin trabajar, aprovecha también para quitar “hierbatos”, al tiempo que me enseña a distinguirlos.

Luego, por la tarde, nos vamos a reunir toda la familia. Lo habitual: una chuletada de las nuestras, todos juntos en el Río la Mora, al lado de la fuente, todos los primos juntos. Nuestras risas sin duda se escuchan en el pueblo. A mi tío le encanta reírse... le escucho hablar de gente del pueblo, pero no sé quién se refiere porque todos tienen apodo. Él es la “alegría de la huerta” y a todos los sobrinos nos encanta rodearle. Todavía me acuerdo cuando dijo que si todos los sobrinos le besábamos los pies, nos llevaría al circo; mis hermanas y mis primos lo hicieron así pero yo me negué, claro, a pesar de las súplicas de ellas y las risas de él.

¡Aquellas chuletas si que estaban buenas! ¡Y qué bien se estaba sentada sobre la pinguera! Con la que después aquel tío mío tan bandolero atizaba sin clemencia a las desnudas piernas de mis primos más pequeños pero más alborotadores que corrían como locos intentando, sin éxito, no ser alcanzados.

Hoy me he despertado también en aquella casa... bueno, ahora es otra y somos “otros” los que la llenamos. Algunos se han ido pero bien nos sirve el concurso de relatos para recordar a los que se nos marcharon, pues como bien dicen por ahí, los que faltan no se van del todo mientras perduren en la memoria de los que quedan, como quedarán para siempre en nuestra memoria también, en la mía sobre todo retazos de mi feliz infancia, la mayor parte de ellos transcurridos en este pueblo de Cepeda la Mora.